

Segundo Domingo del TO A2020

Todas las lecturas de este domingo hablan del siervo de Dios y su envío para traer la salvación al mundo. Nos invitan a reconocer a Jesús como este siervo que salva al mundo y a seguir su guía para nuestra salvación.

La primera lectura del profeta Isaías habla sobre la vocación del siervo de Dios. Muestra que a través del trabajo de este siervo, la gloria y la luz de Dios se mostrarán al mundo entero. También muestra que Dios ha preparado a su siervo para esta tarea para que sea el agente de la unificación y la restauración de su pueblo.

Lo que este texto nos enseña es que el siervo de Dios es un instrumento de propósito divino y el mediador de su palabra de salvación para el mundo. Otra idea es que los que Dios elige trabajar para él, también los predestinó para que puedan ser aptos para la misión que les confía. La última idea es relacionada con la certeza de que cada vez que el siervo de Dios cumple adecuadamente su misión, es Dios quien es alabado por su trabajo.

Este texto nos ayuda a entender mejor el punto del Evangelio de hoy que habla del testimonio de Juan el Bautista sobre Jesucristo, el salvador del mundo. En primer lugar, el Evangelio dice que cuando Juan el Bautista vio a Jesús venir a él, lo reconoció como el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo.

También dice que, a modo de comparación entre ellos, Juan el Bautista reconoció la anterioridad y superioridad de Jesús sobre él. Después de esto, el Evangelio informa la confesión de Juan al revelar la razón por la que estaba bautizando con agua, es decir, que Jesús podría ser conocido por Israel.

Finalmente, el Evangelio informa que Juan el Bautista conoció a Jesús en el momento en que estaba bautizando en el Jordán, ya que se le reveló que la persona sobre la cual descenderá el Espíritu es el Hijo de Dios y el que bautizará en El espíritu santo.

¿Qué aprendemos de este Evangelio? Hoy quiero hablar de Jesús como el poder del perdón de Dios para el mundo. De hecho, Juan el Bautista llama a Jesús "El Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo".

Todo el mundo sabe bien qué es un cordero. Es un animal muy simple y gentil que no tiene nada que comparar con la fuerza y el poder de un carnívoro como un león o un leopardo. En presencia de tales animales, un cordero es simplemente indefenso, impotente e ineficaz.

Si ese es el caso, ¿por qué, entonces, Juan llama a Jesús el Cordero? ¿Qué quiere decir con ese título? Para entender lo que Juan tiene en mente, tenemos que volver a través de los siglos a la celebración de la Pascua para la liberación de los hebreos de Egipto y la liturgia judía del sacrificio ofrecido en el templo.

En primer lugar, el culto en el templo era un rito obligatorio que todo judío tiene que realizar regularmente para estar en orden con Dios. En el templo, la liturgia se organizó en torno al sacrificio que se ofrecería en acción de gracias por las bendiciones recibidas de Dios y por el perdón de los pecados.

Para cumplir con este deber en el templo, el libro de Éxodo 29: 38-42 recomienda que se ofrezca un cordero en sacrificio. La inmolación del cordero en el altar del templo satisfizo esa necesidad de perdón y restauró a la gente en su amistad con Dios.

Esto tenía que repetirse regularmente siempre y cuando fuera necesario para perdonar el pecado. En este sentido, cuando Juan el Bautista presenta a Jesús como el Cordero de Dios

que quita el pecado del mundo, su visión es que él es el reemplazo de todos los sacrificios ofrecidos hasta ahora en el templo para el perdón de los pecados.

Por lo tanto, Jesús es quien trae paz entre Dios y el mundo. No se necesita más sacrificio, porque su propia sangre compartida en la cruz de una vez por todas será dada para la salvación del mundo. Es por eso que Jesús es el único sacrificio que puede liberar a los seres humanos de su transgresión de la Ley y sus pecados.

Además, al presentar a Jesús como el Cordero de Dios, Juan el Bautista se refiere ciertamente al evento de la celebración de la Pascua. Sabemos lo que pasó la noche en que los hebreos salieron de Egipto. Éxodo 12 dice que los israelitas sacrificaron el cordero de acuerdo con las instrucciones que les dieron Moisés y Aarón. Pusieron la sangre del animal muerto en los postes de la puerta de su casa como un signo de su pertenencia al pueblo de Dios.

Cuando esa noche el ángel de Dios pasó y mató al primogénito de los egipcios, todos los hebreos se salvaron de la muerte. La sangre del Cordero los libró de la destrucción y le recordó al ángel que eran aliados de Dios. Debido a la importancia de este evento, tuvieron que hacerlo durante generaciones.

Como los hebreos fueron liberados de la muerte por la sangre del Cordero, Juan ve en Jesús un verdadero Cordero cuya sangre purifica al mundo del pecado y la muerte. En este sentido, Jesús es el único cuya sangre nos purifica y nos obtiene la vida. El pecado del mundo que Jesús quita representa algo más grande que nuestras faltas personales. Es la oscuridad del corazón humano y la situación humana en la que participamos, a veces sin darnos cuenta.

El papel de Jesús, por lo tanto, es liberarnos, permitirnos cambiar nuestra actitud, recibir el amor de Dios. Jesús quita el pecado al darnos el principio de una nueva actitud, al crear un nuevo contexto de paz en el que podemos vivir y al darnos un nuevo corazón y un nuevo espíritu, capaces de distinguir lo malo de lo bueno.

Entonces, acerquémonos a Jesús y pídale que nos quite nuestros pecados y nos permita vivir como hijos y hijas de la luz. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Isaías 49: 3, 5-6; 1 Corintios 1: 1-3; Juan 1: 29-34



Fecha de la Homilía: el 19 de Enero, 2020
© 2020 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org
El nombre de Documento: 20200119 homilia.pdf